

13.

Me puedes decir dónde diablos queda...

El Ayuntamiento de Cancún cuenta con un presidente municipal, quince regidores, 25 directores generales, unos 80 jefes de oficina, 800 trabajadores de confianza, más o menos 2 mil 400 empleados sindicalizados, y cerca de 3 mil 100 no sindicalizados, para un total de 6 mil 500 plazas, una abultada burocracia que, mal que bien, se las arregla para llevar la administración de la ciudad.

Ahora bien, en esa auténtica multitud de servidores públicos no hay uno solo, ni grandote ni chiquito, ni permanente ni eventual, ni bien ni mal pagado, ni experto ni aprendiz, o sea, no hay nadie que sea responsable directo de una función que parece esencial: ponerle, quitarle, cambiarle o dejarle un nombre a las calles y a las colonias de la ciudad.

De manera que si usted quiere saber por qué la Avenida Kabah también se llama Avenida Rodrigo Gómez (o por qué la Avenida Rodrigo Gómez también se llama Avenida Kabah), y en consecuencia, por qué hay placas con las dos denominaciones a lo largo de la ruta, o bien, dónde empieza una y dónde acaba la otra, sin duda se quedará sin respuesta, porque no hay a quién preguntarle.

Tampoco es posible confirmar si es cierto que la Avenida Rodrigo Gómez-Kabah tiene un tercer nombre, el de Avenida Javier Rojo Gómez, como está consignado en los mapas urbanos que venden en las papelerías. Es posible que esa sea una leyenda urbana, pues no hay ninguna placa que así lo certifique en toda la extensión de la vía, pero despierta sospechas un letrero en el cual un pragmático rotulista, viendo que los dos personajes eran tocayos de apellido, juntó las tres denominaciones e inventó la Avenida Rodrigo Rojo Gómez Kabah.

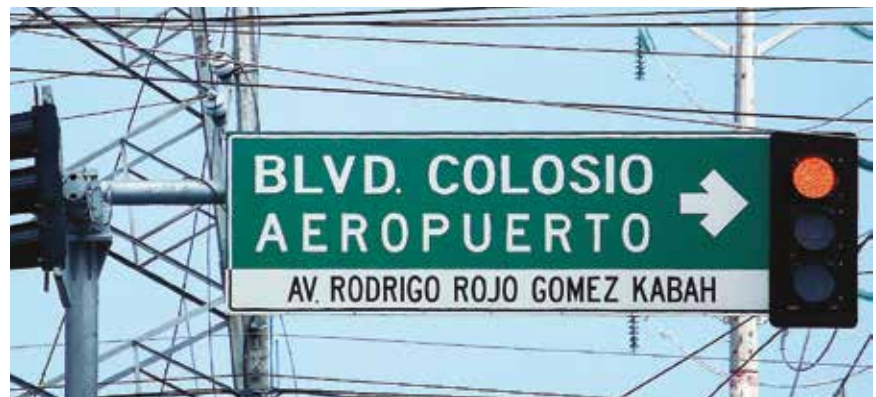


ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

La pragmática dualidad: ambos nombres han sido integrados en los postes de luz...



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

... y en los letreros de circulación, donde la mescolanza se duplica y se triplica.

El paisaje urbano de Cancún es pródigo en este tema de las duplicidades y los inventos. Por ejemplo, la avenida que corre desde la Rodrigo Rojo Gómez Kabah hasta la parte posterior del ejido Bonfil, atravesando las regiones 500, no tiene tres nombres, sino cinco: Calle 56, Avenida Carlos Castillo Peraza (también, sin placas que lo certifiquen), Avenida Cancún, Prolongación Bulevar Cancún, y la más popular, Avenida de las Torres, que deriva del hecho de que el camellón central está sembrado con torres de alta tensión.

Esa última denominación, Avenida de las Torres, tiende a confundir a los forasteros, pues existe otra Avenida de las Torres-20 de Noviembre en la parte norte de la ciudad, allá por las regiones 200, y una tercera Avenida de las Torres-Chaac Mol, que corre de norte a sur, en lo que parece un perverso empeño de la Comisión Federal de Electricidad por complicar la nomenclatura de la ciudad, ya de por sí un desastre.

Por ejemplo, hay una larga calle que corre por las regiones 250, que de un lado se llama Avenida Galaxias del Sol (en honor del fraccionamiento colindante), pero en la banqueta de enfrente, sin siquiera mediar un camellón, se llama Avenida Jacinto Canek o Centenario (en honor de alguna efeméride que no está especificada, pero que se puede inferir tiene un siglo de antigüedad).

Es un caos, advierte don Pepe Aguilar Kinil, quien lleva dos décadas dedicadas al incomprensible oficio de taxista. Y añade: "Si el pasaje me solicita ir a las regiones que están lejos, siempre les pregunto, ¿sabe cómo llegar? Si no saben mejor no los llevo, porque seguro nos perdemos. Y piensan que los estoy cuenteando."

Fernando Martí

Cuando don Pepe dice 'ir a las regiones', se refiere a las súper-manzanas de corte popular, las 100, las 200, las 500, que llevaron por décadas ese nombre infamante (la gente se reía: la región *ciento... imiedo!*), para distinguirlas de las súper-manzanas pudientes de plato roto, diseñadas y numeradas en su origen por Infratur.

Nadie recuerda (o nadie acepta) haber sido el autor de la numeración original de las súper-manzanas, pero no debió ser muy ducho en aritmética, y menos en lógica, pues la súper-manzana 5 quedó entre la 2 y la 4; la 19, entre la 15 y la 17; y la 35, entre la 21 y la 26.

Tratar de encontrarle sentido a esa numeración es jugar con muchas incógnitas. Infratur dividió sus súper-manzanas en manzanas, y las numeró del 1 en adelante, pero no está claro cómo escogió cuál sería la manzana 1 en cada súper-manzana. Si se observa un plano de la ciudad, se aprecia que a veces la manzana 1 es la que está más al norte, a veces la que está más al sur, a veces la más cargada a la izquierda, a veces a la derecha, y a veces, misteriosamente, la manzana 1 no existe.

También es un misterio cómo numeró las demás. En algunos casos, la numeración se da conforme al movimiento de las manecillas del reloj. En otros, en sentido contrario. En algunos más, en escalera. Otros, en algo que parece pirámide invertida. Después, las manzanas se dividieron en lotes. Mismo caso: a veces, como marcha el reloj; a veces, en reversa; en ocasiones, los pares de un lado de la calle y los nones del otro; en otras seguiditos, del mismo lado de la calle. Alguien se divirtió de lo lindo armando este peculiar rompecabezas...

Por último, para superar el tedio de tanto número, se decidió ponerle nombre a calles y avenidas. Alérgicos a la retórica oficial, los banqueros acordaron no usar los nombres de los héroes nacionales (Hidalgo, Morelos, Juárez, y un interminable etcétera), que se repiten a lo largo y ancho del país. Con esa indicación, la tarea de bautizar fue encomendada al creador de la traza urbana, Javier Solórzano, quien propuso darle a las avenidas nombres de sitios arqueológicos de la Zona Maya.

Así, las principales arterias de Cancún pasaron a llamarse Tulum y Cobá, las dos ciudades mayas más notables del norte de Quintana Roo. Otros vestigios localizados en el estado también alcanzaron esa distinción (Kohunlich, Xcaret, Sunyaxchén), y luego se recurrió a los nombres más conocidos de la península: Chichén Itzá, Uxmal, Bonampak, Yaxchilán, Palenque. Pero al final hubo más zonas arqueológicas que avenidas, de modo que se tuvieron que empalmar algunas, como es el caso de la Sayil, que a poco se convierte en la Labná, luego en la Tankah, más adelante en la Xelhá, y termina siendo otra vez la Tankah, en un recorrido de escasos dos kilómetros.

En cuanto a las calles interiores, Solórzano resolvió darle un tema distintivo a cada súper-manzana. A la 2 le puso nombres de frutas: Granada, Toronja, Naranja, Lima. A la 3, de pescados: Barracuda, Cazón, Pargo, Mero. A la 4, de elementos naturales: Lluvia, Cielo, Tierra, Fuego. La 5 no tiene calles, pues la ocupa el Palacio Municipal, pero a la 22, que está enfrente, le tocaron las flores: Azucenas, Tulipanes, Orquídeas, Claveles. En la 26, hay que reconocerlo, se enredó un poco, pues la temática no está clara y coinciden nombres de movimiento obrero (1 de Mayo,



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Don Pepe Aguilar Kinil.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

**El edificio del FUC en la solitaria
región 89.**

Lombardo, Chicago), con denominaciones mayas (Ixtab, Hunab Ku). Pero el ritmo se recupera en la 29 (nombres de playas, como Revolcadero), en la 30 (de lagunas, como Tres Palos), y en la 31 (de puertos, como Veracruz).

Total, que entre súper-manzanas mal numeradas, manzanas desordenadas, lotes salteados y calles caprichosas, la nomenclatura de Cancún no terminó, sino que empezó siendo un desbarajuste. Todo en franco contraste con la vecina Mérida, que presume de tener un sistema casi perfecto: a partir de una avenida central, todas las calles aumentan en nones de sur a norte, y en pares de oriente a poniente, de modo que cuando un yucateco dice 'calle 57 oriente por la 30 y 32', no sólo no hay pierde con el domicilio, sino que también se deduce en qué parte de la ciudad se encuentra.

Apunta don Pepe: "Yo trabajé allá y es bien fácil dar con un domicilio, no tiene pierde. Y si te pierdes, cualquiera te dice. Aquí en Cancún es diferente: tienes que trabajar *por aproximación*, por otras señas que te dan. Por ejemplo, que está cerca de una tienda, o de un taller, o de un súper. De otro modo, no lo encuentras."

Tal vez tratando de emular el orden yucateco, en el remoto origen de Cancún, las direcciones se escribían así. Primero la súper-manzana, abreviada como SM. Luego la manzana, que era MZ. Al final, la calle y el lote, al que correspondía una letra L. Un ejemplo: SM20, MZ20, Calle Reno L111.

Pero algún funcionario celoso (y receloso) concluyó que esa nomenclatura era violatoria del sacro derecho del Ayuntamiento de meter su propio desorden, de modo que la oficina de Desarrollo Urbano asignó a cada lote un *número oficial*, que por supuesto era diferente del número de lote de Infratur. Así, la misma dirección pasó a ser Calle Reno 49, SM20, MZ20, L111.

Acto seguido, entró en escena el Catastro de la ciudad. Como muchos lotes no lucían números oficiales, o peor aún, como muchos vecinos inventaban su propio número, esta oficina optó por una solución poco salomónica: un número para cada predio, el *catastral*, que incorporaba las dos series anteriores y mostraba la siguiente estructura: 000/0/000/000/000/00/000. Los primeros tres espacios dan cabida a la clave municipal y siempre son 601. El siguiente es la zona. Luego viene la súper-manzana, luego la manzana, luego el lote, luego el número oficial, y al final, si existe, el número interior. En el lote que nos ocupa, el número sería 601/2/020/020/111/049/000. Con eso resultó que cada lote en el Cancún céntrico pasó a tener no uno, sino tres domicilios: el de Infratur, el oficial y el catastral.

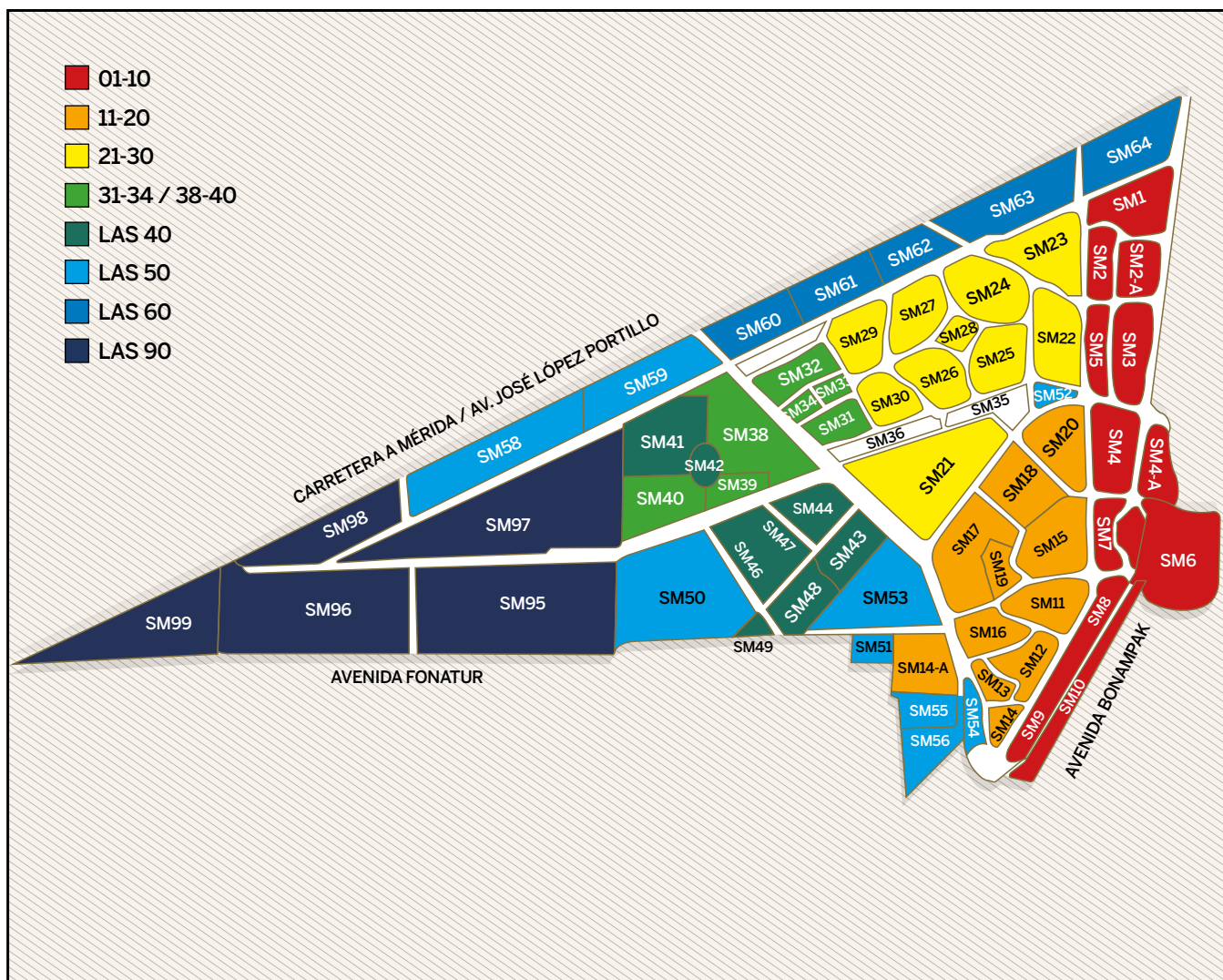
Si eso sucedió en la porción bien pensada de la ciudad mejor planeada en la historia de México, es fácil imaginar lo que pasó en las invasiones periféricas, que ni siquiera fueron trazadas en los mapas, ya no digamos numeradas y bautizadas. Esta inesperada tarea de bautizar fue rebotando entre oficinas municipales, dependencias estatales, fraccionadores diversos y público en general, que de manera inopinada fueron poniendo parches aquí y allá, hasta rematar en un sabroso tuti-fruti.

Numerar las regiones, por ejemplo, fue tarea del Catastro. A las primeras, a ambos lados de la carretera a Mérida, les correspondió ser las 60, que del lado de la ciudad quedaron muy ordenaditas, con una numeración consecutiva, de la 60 a la 64, pero del lado del ejido están salteadas, pues primero está la 69, luego la 66, luego la 65, al final la 68, y atrás de todas, la 67.

La siguiente serie fueron las 70, otra vez salteadas, pues tres quedaron a la izquierda de las 60 (de la 70 a las 72), y tres a la izquierda (de la 74 a la 77), allá por el rumbo de Corales. En medio de las 60 y las 70 quedó la 89, una pequeña cuchilla donde se construyó el edificio del Frente Único de Colonos, pero las otras 80 fueron mandadas a la costa, pegadas a Puerto Juárez. Como consecuencia, la región 89 colinda con la 90 (lo cual parece lógico), pero también con la 67, con la 75 y con la 231, y con ninguna otra de la serie 80, circunstancia que, como bien explica don Pepe, tiende a despistar a los taxistas.

Croquis simplificado del inicio del caos: la distribución numérica de las súper-manzanas de Infratur. La serie es consecutiva hasta el número 34 (con un par de súper-manzanas súper numerarias, que ostentan la letra A), pero luego empiezan los saltos, tanto numéricos como de contigüidad. Al final, el autor mandó las series 70 y 80 al norte de la López Portillo, en tanto la 90 la dividió: algunas para la ciudad planificada, otras para las colonias espontáneas.

LAS SÚPER-MANZANAS DE INFRATUR



ANGEL RUIZ



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Héroes y políticos impusieron sus nombres, dando al traste con los buenos deseos de Infratur.

Vale la pena anotar que, si bien Infratur empezó el embrollo, al menos adoptó una numeración consecutiva, criterio que por alguna razón ignota desdeñó el municipio. Así pues, las regiones 78, 79, 80, 81, 82 y 83, lo mismo que las 87 y 88, simplemente no existen. Según una versión fueron dejadas en reserva, pero dado que las 80 que sí existen están totalmente rodeadas por numeraciones posteriores, se ve difícil que algún día se vayan a usar.

Sería tedioso continuar detallando el caos numérico. Por no dejar, digamos que las 90 se ubicaron junto a las 70, pegadas a la carretera a Mérida. Junto a las 90 quedaron las 100, que fueron numeradas en orden progresivo (100, 101, 102), pero al llegar al número 107 alguien decidió que era suficiente, y sin más se arrancó la serie más larga de todas, la 200, que ya va en la 267 (con algunos saltos de numeración). Estas ocupan una considerable porción de la mancha urbana, al norte de la ciudad, y hacen frontera con la parte territorial del municipio de Isla Mujeres.

Pero Cancún también creció hacia el sur. Entonces, saltándose la serie 300 y la 400, se inventó la serie de las 500, un auténtico chorizo que atraviesa la ciudad de lado a lado, colindando con la ciudad de Infratur, con las 90 y con las 100. Más al sur aún, el ejido Bonfil se desparramó sobre las tierras de labranza, que se convirtieron en fraccionamientos (hacia el aeropuerto) y en invasiones (por la carretera a Mérida), y en los mapas del Catastro ostentan una numeración olvidada, aunque muchas aún no están urbanizadas: las 300 (las 400, nadie sabe por qué, siguen sin aparecer).

Lo que sí hizo el Ayuntamiento, hace algunos años, fue considerar políticamente incorrecto seguir llamando *regiones* a las regiones pobres, y *súper-manzanas* a las súper-manzanas ricas, así que en el Plan de Desarrollo Urbano las regiones se convirtieron, de un día para otro, en súper-manzanas, más allá de su realidad económica. Ahora, en los mapas oficiales, todas ostentan las siglas SM, aunque no tengan nada que ver con el concepto original, que concebía una súper-manzana como un barrio autónomo, con zonas delimitadas de vivienda, de comercio y de recreo. Hoy día, son parte del laberinto urbano, unas grandes y otras chicas, unas cuadradas y otras alargadas, unas pobladas y otras baldías, y podría decirse que equivalen a lo que en otras ciudades del país se denomina colonias.

Pero las regiones no han sido borradas del mapa, pues figuran en decenas de miles de documentos oficiales. Explica el notario público Luis Cámara: “Región es una denominación oficial, y así se asentaba en las escrituras: región tal, manzana tal, lote tal. El domicilio correcto es un dato fundamental, es el soporte de una escritura. Ahora, cuando hay una compra-venta, hay que pedirle al Catastro una *constancia de nomenclatura*, y asentar que la región tal ya no es región, sino súper-manzana. Pero, mientras no haya un cambio de propietario, en la escritura sigue diciendo región.”

Igual que en el habla popular: las regiones siguen siendo las regiones, con muy poca corrección política. Así aparecen en los rótulos de los negocios, en las líneas de camiones, en los anuncios de la radio, y sobre todo, en el lenguaje cotidiano, que tal vez encuentra presuntuoso y afectado referirse a una ciudad perdida como la súper-manzana 243.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Pasemos al siguiente capítulo: los nombres de las calles que están fuera de la ciudad planeada. Esa no fue tarea del Catastro, cuyo largo número ya tiene toda la información que se requiere para sus labores de cobranza. Así que entraron al relevo, sin proponérselo, las mismas dependencias que se encargaron de regularizar la tierra: en la zona norte, el Instituto de la Vivienda (el Inviqroo), luego Instituto de Fomento a la Vivienda (el Infovir). En el ejido Bonfil, la Comisión de Regularización de la Tenencia de la Tierra (la Corett).

Los números de las rutas camioneras desplazaron las glorias del cura Hidalgo y del apóstol Madero.

El primero optó por la solución yucateca: un número por calle. Pero el resultado es desconcertante pues, usando como eje la Tulum, de un lado pusieron los nones (calles 1, 3, 5 y siguientes), y del contrario... ¡también! Para diferenciarlas, a unas les pusieron de apellido Norte, pero a las opuestas no les pusieron Sur, como hubiera sido lo lógico, sino Oriente. Alguien se dio cuenta del fallo y trató de rectificar, de tal suerte que al cruzar la Ruta 4, la calle 3 Oriente, sin torcer de rumbo, se convierte en la 3 Norte. Así, a la altura de La Cuchilla, la calle paralela que se sitúa a dos cuadras de la Tulum, del lado izquierdo, se llama 3 Norte, y la que se halla a dos cuadras, pero del lado derecho, se llama 3 Norte también, lo cual implica que la única manera de dar con un lote es saber sin género de duda el número de la manzana y de la región, o correr el riesgo de extraviarse, como teme don Pepe, aunque te lleve un taxista que lleva veinte años al volante.

El caso de Bonfil es diferente: ahí no hay un riesgo, sino una clara e inequívoca probabilidad de no llegar. Sucede que el ejido le dio una numeración a sus manzanas, en flagrante violación a las prerrogativas del municipio, que para mostrar su autoridad dispuso una numeración diferente. Para no discutir con ninguno, la Corett implantó su propia serie, de modo que en ese pueblito una manzana puede ser la X para el ejido, la Y para el municipio y la Z para la Corett, con la salvedad de que ésta última será la que aparezca en las escrituras (que son las que valen). En cuanto al nombre de las calles, en franco desafío a las intenciones renovadoras de Infratur, los ejidatarios echaron mano del santoral cívico (Hidalgo, Morelos, Juárez, y la eterna galería), al grado que hasta

un presidente villano (Luis Echeverría) y un gobernador narco (Mario Villanueva), tienen calles con sus nombres.

Por cierto, a Fonatur le falló de plano su estrategia de desterrar de la nomenclatura a los héroes nacionales (y a los políticos de ocasión). El mismo Fondo puso el mal ejemplo, al imponerle el nombre de Carlos Nader a una céntrica avenida. Luego, con muy poca elegancia, Pedro Joaquín Coldwell convirtió la carretera a Mérida en la avenida José López Portillo, el presidente que lo hizo gobernador. El Cabildo accedió a convertir el Libramiento Kabah en la avenida Rodrigo Gómez, que terminó siendo la Rodrigo Rojo Gómez Kabah. Un alcalde agradecido, Rafael Lara, maquinó para implantar el nombre de un pionero notable, José García de la Torre. Magaly Achach gestionó la avenida Antonio Enríquez Savignac. Mario Villanueva convirtió la carretera al aeropuerto en el bulevar Luis Donaldo Colosio. Y el radiodifusor Gastón Alegre se despachó en grande, convenciendo al Ayuntamiento de que sus méritos como defensor de la etnia maya eran suficientes para honrarlo en vida, con una avenida en las regiones 200.

Por lo que hace al panteón de los héroes, el apóstol Madero y el cura Hidalgo figuran como titulares de dos largas arterias, pero han sido objeto del desdén popular: la gente les sigue llamando Ruta 4 y Ruta 5, en memoria de los recorridos de los autobuses urbanos, que atravesaban las regiones desde antes de que las calles tuvieran nombre (e incluso, antes de que fueran calles). En las cercanías, otras avenidas fueron bautizadas conforme al catecismo revolucionario (Jacinto Canek, Leona Vicario, Niños Héroes), colmando de esta manera las expectativas de los buenos patriotas.

Tampoco nadie se ostenta como padrino de esos bautizos, pero vale la pena apuntar que, hasta la década de los 90, en las oficinas de Desarrollo Urbano, el Ayuntamiento sí tenía un funcionario responsable de la nomenclatura, aunque justo es decir que hubiese requerido poderes sobrenaturales para imponer el orden. Como sea, el desorden se volvió oficial a la vuelta del siglo, cuando el puesto desapareció y la tarea de nominar calles pasó al dominio público.

El descuido (o el total abandono) han vuelto inútiles muchas señalizaciones.

Hay que escuchar esa historia de labios de David Torres, quien también lleva 30 años en un oficio incomprensible: es el director de Cartografía del Catastro de la ciudad, y como tal, el responsable de ubicar cada lote



ARCHIVO HISTORICO DE CANCUN



ARCHIVO HISTORICO DE CANCUN

Fernando Martí

con el kilométrico número. En su opinión, “la oficina de nomenclatura nunca funcionó, porque la nomenclatura no sirve en los mapas, tienes que ponerla en las calles, tienes que convertirla en placas. Y nunca ha habido presupuesto para eso.”

Así, se ha dado un fenómeno de generación espontánea: “Cualquiera le pone nombre a las avenidas nuevas, normalmente un fraccionador. Ya no digamos a las calles, porque al interior de sus desarrollos hacen lo que quieren, sienten que se mandan solos. Así que nosotros, en el Catastro, nada más autorizamos, tratando de que las avenidas conserven el mismo nombre, y no estén cambiando a cada tramo.”

Esa intención no siempre culmina con el éxito: “La gente reconoce las calles por las placas de las esquinas. Si no hay placas, el nombre surge en forma espontánea. Y aquí nos enfrentamos a una triste realidad: la mayor parte de las calles de Cancún no tiene placa.”

El problema no parece tan agudo al interior de los fraccionamientos, incluyendo los de interés social, porque ahí los desarrolladores se preocupan por identificar las calles, sobre todo en la etapa de venta de lotes. Pero, una vez salida la mercancía, ya se pueden caer las placas (y fundirse las luminarias, y agrietarse los muros, y romperse las tuberías, y taparse los drenajes, como bien lo saben muchos compradores), pues en forma mecánica responderán que ese no es su problema.

Más allá de ese detalle, hay que reconocer que los fraccionadores superaron con creces la creatividad de Solórzano. Abundan los nombres que recuerdan colonias de postín en la Ciudad de México: Prado Norte, El Pedregal, Paseo de las Palmas. No escasean los que aluden a un entorno primoroso: Villas del Mar y Casas del Mar (ambas tierra adentro, lejos del mar), Costa Azul y Bahía Azul (ambas tirando a gris), Ciudad Natura (donde natura fue muy maltratada), y Paraíso Maya (con mucho de maya y nada de paraíso). Se lleva la palma Galaxias del Sol, una contradicción en términos difícil de digerir, pues lo común es que las galaxias tengan soles, no que los soles tengan galaxias.

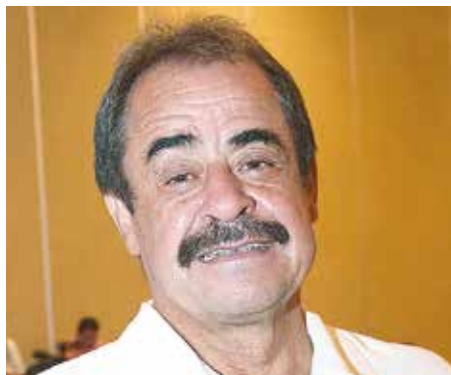
Volviendo a las placas, se alega que ponerlas (y mantenerlas) tiene un costo astronómico para las quebradizas finanzas del municipio, con lo cual se pretende excusar el extremo deterioro de muchas señalizaciones. Claro, estamos hablando de decenas de miles de placas, cada una diferente, pues esas pequeñas láminas contienen el nombre de la calle, pero también el de la manzana y la súper-manzana, así que la información se altera cada cuadra. Además, hay que agregar el costo de los postes para sostener las placas, y el costo de las brigadas para instalarlas. En el pasado reciente, cuando menos dos empresarios, Francisco Córdova y Héctor Borro, ofrecieron en distintos momentos financiar la nomenclatura, a cambio de que les permitieran colocar publicidad en los postes.

Comenta Córdova: “El negocio no es tan bueno, apenas y salen los números ¿Qué tanto puedes cobrar por un pequeño anuncio en una esquina? Apenas unos pesos al mes, y tienes un gasto fuerte de instalación y de mantenimiento. Sin duda se necesita, pero la inversión es fuerte y la recuperación es lenta. Les explicamos eso, pero de todos modos nos dijeron que no.”



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

David Torres, director de Cartografía.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

A quien no le pudieron decir que no fue a un activista singular, Maximiliano Vega Tato, quien vio la nomenclatura no como negocio, sino como deber. Alguna vez funcionario público, luego editor de periódicos, Vega Tato terminó por afiliarse a la izquierda y fue una temporada el representante personal de López Obrador en la entidad. Idealista hasta la médula, pragmático y emprendedor, un buen día decidió que, para que las calles tuvieran nombre, lo mejor era predicar con el ejemplo. Así, de su propio peculio, que no era mucho, fabricó alrededor de mil 200 placas, y luego se lanzó en persona a colocarlas por la ciudad, pidiendo permiso a los vecinos para usar los muros de sus casas. Esa labor hormiga aún es visible en muchas esquinas de Cancún, pero fue insuficiente para aliviar el problema.

Francisco Córdova.

Cancún es una ciudad muy mal señalizada. Hay muchas avenidas importantes que no tienen placas, para no hablar de las calles secundarias. Buenos ejemplos son la avenida López Portillo y el bulevar Colosio, las puertas de entrada a la ciudad, que no tienen láminas que las identifiquen en muchos kilómetros de recorrido. Obvio, los residentes de la ciudad las conocen y las usan, pero debe ser muy desconcertante para los visitantes circular por una mancha urbana donde hasta los taxistas se pierden.

Queda un último problema: los números de las casas. Algunas ostentan el oficial del municipio, otras el oficial del lote, lo cual da origen a esas numeraciones salteadas, tan propias del folclor mexicano. Tampoco es extraño que las casas no tengan número, o que tengan uno inventado. Explica Torres: “Los vecinos las numeran de buena fe, sin duda tratando de poner orden. Cuando una casa ya tiene un número, digamos el 6, pues la de junto se pone el 7, y la que sigue el 8, aunque no sean oficiales. Pero se van identificando, y luego así se quedan.”

Por supuesto, los cancenenses han aprendido a vivir en el interior de ese embrollo. Más allá de la ausencia de placas y el enredo de números, cada ciudadano va conociendo sus rumbos y definiendo sus trayectos, sin prestar demasiada atención a la fantasmal nomenclatura. Si tienen que ubicar un domicilio nuevo, lo más seguro es que cuenten con información detallada: sigues hasta topar con pared, das la vuelta en la esquina del parque, es una casa amarilla y cosas por el estilo. En todo caso, encontrar casas sería problema de unos pocos, sin duda de los taxistas como don Pepe, tal vez de las empresas de mensajería, y desde luego, vale suponer, de la oficina de correos de la ciudad.

“En efecto: es un caos”, coincide la gerente de la oficina de Correos en Cancún, Rosa Virginia Godínez. Y subraya: “Nosotros no ponemos la nomenclatura, isólo la padecemos!”

Su jefe de Operaciones, Alejandro Núñez, da pormenores del singular trabajo: “Nuestra labor es entregar, haya o no haya nomenclatura. Así que los carteros buscan el domicilio, y si lo encuentran, lo metemos en nuestro sistema. A partir de ahí, ya lo consideramos domicilio conocido, aunque no tenga que ver con los números oficiales.”

Agrega Núñez: “Hay cartas que llegan dirigidas a ‘Fulano de tal, Murete 14, Colonia El Milagro, junto a la tienda de Manuel’. Lo juro, así vienen. Si conocemos la tienda de Manuel, problema resuelto. Si no, hacemos un

Fernando Martí

esfuerzo razonable para ubicarla. A veces lo logramos, a veces no, pero nuestro porcentaje de entregas es muy aceptable.”

Con 51 carteros en activo, todos en motocicleta, la oficina maneja un promedio de 900 mil piezas mensuales, de las cuales el 70 por ciento son correo corporativo, es decir, recibos telefónicos, estados de cuenta bancarios, y mucha folletería y propaganda, que son fáciles de ubicar. Pero aún quedan 250 mil piezas de correo tradicional (cartas, tarjetas postales, paquetería), de las cuales unas 10 mil no logran entregarse y se devuelven (si tienen remitente). Es apenas uno por ciento de fracasos, contra casi 99 por ciento de éxitos.

Para lograr ese promedio, cada cartero porta un dispositivo electrónico, donde registra cada entrega que efectúa. De esa manera, se sabe con precisión el sitio y la hora de entrega. También registra los nuevos domicilios, que se descargan en el sistema de cómputo de la oficina central, con lo cual quedan identificados para siempre (y los puede ubicar un cartero nuevo). Pero la tecnología no es suficiente: el factor humano todavía resulta crucial.

Explica Núñez: “Los carteros se saben su zona de memoria, esa es la verdad. Cuando existe, la nomenclatura les sirve de guía, pero hay muchas colonias donde no existe, o es confusa, o está repetida. Hay muchas zonas complicadas, donde los fraccionadores lotificaron a su arbitrio, y por ejemplo, en un solo lote hay 40 viviendas. Eso para no hablar del ejido Bonfil, donde la triple numeración es criminal. Lo mismo las colonias que han surgido de invasiones, que son bastantes. Entonces, muchas entregas se efectúan *por conocimiento*, o sea porque el cartero conoce el domicilio, aunque no exista ninguna nomenclatura, o la que existe sea errónea o esté obsoleta. Al único lugar que no entramos es a las ciudades perdidas, que ni calles tienen. Pero si hay calles, entregamos.”

Tercia Godínez: “El equipo está muy motivado. Sabemos que la labor es importante y tratamos de sacarla adelante.”

En resumen, en la ciudad mejor planeada de México no sólo se pierden los taxistas, sino que también se confunden los carteros. La distribución



RADIO FÓRMULA QR

Max Vega Tato.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Las placas artesanales de Max Vega han sobrevivido casi una década.



Las víctimas del caos: Virginia Godínez y Alejandro Núñez, de Correos.

de súper-manzanas y manzanas es confusa, la seriación de los lotes es deficiente, los nombres de calles y avenidas no obedecen ningún patrón, la numeración de las casas es caótica, y ninguno de los 6 mil 500 empleados del municipio tiene la comisión de enderezar el entuerto.

¿Vale la pena intentarlo? David Torres piensa que no: “Sería demasiado costoso y no traería ningún beneficio. Es cierto que hay un desorden, pero de alguna manera funciona. Digamos que tenemos cierto control sobre el caos.”

Tal vez tenga razón. Y en todo caso, ¿cuál podría ser la motivación para poner orden si, en el desorden, llegan a su destino el 99 por ciento de las cartas? ●